

## RELATO DE LA CONDENA DE ANA

Desde que tengo memoria soy un apasionado de los libros, y esa rareza me abrió las puertas a uno de los escasos puestos de trabajo que se consiguen en el barrio: soy el encargado de la biblioteca de la Sociedad de Fomento Vecinos Unidos. Jamás pensé que mi inclinación a la lectura me daría de comer, y menos que me ayudaría a conocer personas sensibles que jamás se adivinan bajo una rutina de saludos formales. En la intimidad de la biblioteca semivacía me regalan sus historias, sobre todo a la hora de la siesta, a salvo por un rato de la estampida de estudiantes ruidosos y molestos. Un día, Ana, la mujer de don Gregorio, me relató la suya. Fue entonces que comencé a sospechar que algún misterio sobrevolaba el pueblo.

Ana es una mujer sencilla, ama de casa sin pretensiones más allá de los límites de su hogar. Comenzó a frecuentar la biblioteca luego de educar a su único hijo varón con toda la dedicación que uno pueda imaginar. Trabajamos amistad comentando los clásicos policiales a los que ambos éramos afectos, y como el género policial requiere siempre de lectores racionales, siento la tranquilidad de no haber sido estafado en mi credulidad. Ana jamás mentiría.

Una tarde se acomodó en una de las sillas cercanas a mi escritorio, y sin levantar la voz ni realizar un solo gesto durante todo el relato, me refirió esta historia.

Todo el pueblo recurría al almacén de ramos generales de don Gregorio Ramón Romero, y esto sucedía desde los tiempos del abuelo de don Gregorio, inmigrante español que supo transformar su odio por los nativos en un buen negocio. La radicación del almacén ocurrió en épocas en que los extranjeros se acriollaban a fuerza de siestas y casorios con morenas bien provistas, cuando los lugareños dejaban de ser tan hoscos al perderse en los rincones de la memoria las tolдерías arrasadas. Era el amanecer de un siglo que parecía destinado a convivencias, lo que si bien quedó a medio cumplir en otras partes, aquí fue inevitable. Una ausencia de trenes y progreso, una sensación colectiva de haber sido olvidados, adormeció conflictos en este punto de la llanura que se deprime y humedece entre el Salado y el Plata.

Para la época en que se casaron Ana y Gregorio, la población se había emparejado en el tostado de la piel y en los apellidos gringos. La solvencia de don Gregorio, único heredero del almacén, fue una atracción irresistible para la familia de Ana, que arrastraba miseria desde malones ancestrales y vivía en la incertidumbre de esporádicos conchabos en el campo. Ana tuvo que dedicarse al matrimonio convenido con resignada vocación de mujer que no elige. El deseo de un hijo le anestesió la nostalgia.

Durante el primer año de casada, Ana atribuyó sus puntuales menstruaciones a la preocupación de su esposo por labrar un porvenir. El hombre dormía con sus libretas contables bajo la almohada y soñaba números, por lo que Ana supuso que no eran tiempos de molestarlo con sus pavadas. Lo dejaba hacer los días que Gregorio así lo sentenciaba, entendiendo que esos eran los únicos encuentros conyugales que su ángel guardián miraba con buenos ojos.

Ana contaba los días, respetaba las lunas, invitaba tenuemente a su marido cuando llegaban las fechas infalibles, se incomodaba ante los partos que se sucedían uno tras otro entre sus amigas. No podía, mientras tanto, perder el hilo de las extensas sumas y restas con que la torturaba cada día su marido, porque como era corto para las matemáticas, la necesitaba para especular ganancias.

La obligación de mantener en su mente dos cálculos al mismo tiempo, billetes y porcentajes, lunas y ovulaciones, alimentada durante días y días, durante años, le regaló a Ana una destreza particular: sus hermanos la invitaban al campo, y ella sabía, desde el camino, cuántos postes tenía el alambrado, cuántas aletas el molino, cuántos animales el potrero de alfalfa.

Al principio se asustó, pero después se le hizo costumbre: no pudo evitar alusiones numéricas en casi todas las conversaciones que mantenía. Una noche le comentó a su vecina el número de estrellas que había sobre sus cabezas, el número de horas que faltaban para las fiestas patronales y la cantidad exacta de moscas que habían molestado ese día en el almacén. Fue su perdición. Las vecinas suelen entender la amistad siempre y cuando no las comprometa al silencio. A partir del día siguiente, cada vecino supo aprovechar el extraño don de Ana para resolver algún problema que lo aquejaba. La pobre resolvía los cálculos más extravagantes,

pero nunca se quejó. El número de cabellos que aún se aferraban a la cabeza, era la preocupación más frecuente de los que tenían inclinación a la calvicie. El número de flores, de frutos, de pájaros, de pecas, de motas, de muertos, de clavos, de ramas, de gotas, de granos para la siembra, pasaban por la mujer. Y la preparaban.

Un día, Ana sintió que ya no calculaba más. Simplemente, los números acudían a su mente en la cifra exacta. Al principio borrosamente, y luego con toda claridad, los números vinieron acompañados por imágenes, y ella pudo predecir lo que sería, lo que vendría. Todo era una ecuación, una simple reunión de datos que se combinaban para dar un único resultado posible. Ana no pensó en poderes sobrenaturales, simplemente se preguntó por qué los demás no podían hacerlo.

Y lo ofreció como un servicio, como otras ofrecen tazas de harina o de azúcar por alguna escasez, o como tantas regalan gajos de geranio o bulbos de gladiolo.

Avisaba el sexo de los bebés a mamás ansiosas del rosa o el celeste, vaticinaba casorios, auguraba granizos, pariciones de terneros, temporales. Los círculos del conocimiento se abrían dócilmente a su mente virgen. Don Gregorio creía en lo más íntimo que su mujer había enloquecido, pero la respetaba porque tenía mucho que ocultar. No dejó de dictarle complejas operaciones que lo salvaban de un tenedor de libros.

Ana decidió un día diseñar su propio futuro, tal cual lo había construido durante tantos insomnios. Y deseó, imaginó, calculó, se regaló un hermoso hijo varón. Ya no supo distinguir si era ella que manejaba su destino, los destinos, el almacén, sus óvulos y el cansado espermatozoide de su marido, o si su rapidez la hacía intuir lo que iba a pasar. Por si acaso, guió sus gestos hacia los óptimos resultados.

El hijo nació en los tiempos que ella se propuso, esquivando fríos y sudestadas. Lo crió con pasión de madre que ha esperado mucho. Para esa época ya sabía que la mitad del pueblo le debía plata a su esposo, que la prestaba a intereses imposibles. El chico, que debía ser preparado en el negocio de su padre según mandato heredado, fue un médico de reconocida trayectoria gracias a que Ana alejó a Gregorio de su crianza bajo veladas amenazas.

Despreocupada de cuentas corrientes que nunca necesitó, estudió junto a su hijo todo lo que su formación exigía, y lo hizo con pasión, como un vicio irrefrenable que alimentaba su talento.

Creo que ella hubiese sido un excelente cirujano, si el destino se hubiese barajado distinto.

Por aquellos mismos años, se decidió a perdonar las deudas de sus vecinos, mientras el pobre almacenero asentía porque el asombro no le permitía articular palabra y porque Ana le echaba unas miradas que le recordaban, una por una, las rejas de la cárcel.

Ana puso en jaque las finanzas de los Romero. Las abultadas cuentas bancarias adelgazaron puestas a régimen por una mujer sorpresivamente locuaz, que no se perdonaba haber creído por años que su apacible fortuna era el fruto de un almacén anticuado. Como en generaciones anteriores, el almacén había sido una pantalla confiable detrás de la que se prestaba dinero sin ninguna generosidad.

Su tozuda honestidad hizo desaparecer la paz que dan los bolsillos llenos y la armonía familiar que se funda en ellos. El corazón de don Gregorio comenzó a funcionar a los saltos, y la muerte lo alivió de presenciar el derrumbe final. Con los últimos billetes que guardaba el banco, Ana alcanzó a pagar un funeral decoroso.

En plena negrura de duelo bien vestido, sus hermanos decidieron no dirigirle más la palabra, culpándola por lo bajo del desvanecimiento de sus sueños. La compasión de sus vecinas y los primeros trabajos de su hijo la salvaron del hambre y la melancolía.

Ana cree que no supo aplicar su habilidad a nada que valiera la pena. Por su mente desfilaron el cosmos, las estrellas, los libros en todos los idiomas, las matanzas de indios ocurridas sobre el barro que pisaba, los abusos de los primeros Romero. Todo, todo estaba en ella. Y ella sólo quería darle más blancura a las camisas de su hijo, conseguir una receta que elevara mejor el bizcochuelo, entrenar una paciencia que le permitiera soportar a su nuera. Por eso alcanzó a salvar a su parroquia de la usura, pero no supo protegerse del desprecio de los suyos y de un hogar desavenido.

Cuando la familia que supo formar su hijo se trasladó a ciudades más prometedoras que la nuestra, Ana intentó leer, y comprender, pero pronto la sedujeron las novelas policiales, y allí se quedó.

No pudo disfrutar de su destino. Hubiera deseado honrar el don que, según ella, había sido dado a la persona equivocada.

Quise saber si la ciencia mencionaba otros casos parecidos al de Ana. Aproveché el detallismo de su relato para construir una sospecha: los espíritus también confabulan. En un anaquel polvoriento, encontré un tratado sobre "Genialidad y conciencia", del doctor Moebius, edición barcelonesa de 1926.

Allí se explica que el caudal de conocimientos humanos acumulados de generación en generación, debía almacenarse en mentes simples y poco influyentes, para ser retransmitidos a otras personas y perdurar en el tiempo. El autor se pregunta si los endemoniados de los relatos evangélicos, no resultarían ser un desgraciado malentendido acerca de la naturaleza de estas extrañas concentraciones del saber humano. Se pregunta si muchos no habrán perecido en hogueras de la inquisición, si no pueblan, desde tiempos remotos, los hospicios de la locura. El ensayo supone que algunos de estos individuos habrían logrado cierta influencia en la sociedad de su tiempo, y tal vez fueron quienes proyectaron las pirámides, calcularon las gigantescas figuras del desierto andino, esculpieron en tierras pascuales caprichosos rostros sobre piedras de origen desconocido.

El científico cierra su teoría con un capítulo dedicado a las mujeres. Les rinde un respetuoso homenaje, expresando que sobre ellas no se atrevía a probar elucubraciones, ya que su sumisión y su inteligencia escondida podía tratarse de una confabulación mas propia de hombres que de ángeles, extendida a lo largo de la historia y a lo ancho de la geografía. Nunca podría saberse, según él, si ellas eran parte de esta cadena, o seres condenados a vivir por la mitad.

Mi sospecha espiritista se desvaneció frente a razonamiento tan provocativamente sencillo, pero preferí seguir culpando a desconocidas criaturas de la pena imprecisa que me provocaba la historia de Ana.

Supongo que ella ya ha pensado en todo esto, pero un pacto sin palabras nos evita hablar de lo que duele. Solemos aprovechar las tardes que pasa en la biblioteca contando libros, frases, letras, telarañas que algún día habrá que limpiar. Me he enterado, por ejemplo, que ninguna de las páginas guardadas aquí celosamente contienen el nombre de este pueblo.

Los vecinos casi han olvidado su leyenda. La inteligencia que irradia se esfumará con su muerte y para entonces nadie recordará los angustiosos pagarés de don Gregorio ni la femenina lucidez que los hizo desaparecer para siempre.

A veces la vida sin sobresaltos necesita de complicadas coincidencias del destino. Quienes dicen que aquí nunca pasa nada no han descornado el velo y desconocen lo que sucede detrás de un minuto de tranquilidad. Quién sabe cuánta ordenada energía cuesta una siesta bien dormida, una sopa perfumada y humeante, una camisa en su lugar.

Pero estas son disquisiciones mías, y la comisión directiva de Vecinos Unidos me paga para conducir la biblioteca que es orgullo de la sociedad de fomento, así que será mejor que comience a fichar los libros nuevos. Un vecino que no quiso dar su nombre, regaló viejas y cuidadas ediciones de los cuentos de Borges.

Berazategui, 1993.